

UNO

Soy Ego, y aunque no sé con exactitud lo que significa eso, sé que soy Ego. Nací, o aparecí, o surgí en la planicie, conociendo unas cosas y desconociendo otras; conociendo conceptos y palabras, y pudiendo emplearlos para construir conversaciones como ésta. Son los hechos y, aunque no entienda algunos, son indudables.

Veo, oigo y siento, es decir, entiendo mi entorno: distingo lo que se halla fuera de mí. En el momento en que nací, o aparecí, o surgí, ese exterior era una extensa llanura cuyos detalles se perdían en la lejanía. Nací (o aparecí, o surgí) con manos y pies, torso, piernas y brazos; y, como pronto descubrí, también con cabeza y rostro, no mucho más. En el instante en que de repente fui me encontraba de cuclillas sobre el suelo firme, y en esa posición supe que yo, Ego, era. Tardé poco en reconocer unas manos, unos pies, unas rodillas. La información que llegaba a mí a través de mis percepciones se sincronizaba con los conceptos que portaba ya dentro, y las etiquetas que encapsulaban esos conceptos —las palabras— se adherían con gentileza a su conocimiento combinado. Una revelación llevaba a otra, y de esa manera fui desplegándome en mi cabeza hasta que acabé de conocer todo lo que sabía de mí: yo era, yo veía, yo sentía. Yo, Ego.

Así que allí estaba, en el centro de un vasto páramo blanco, compartiendo solidez con el suelo que me sostenía, con las formas picudas que —a veces puedo elegir— decidí identificar como piedras. A mis ojos yo también era marfileño y pulido y, al tacto, mi superficie, mi piel, compartía igualmente las características del entorno: el suelo, las piedras, yo, éramos del mismo color, de igual consistencia, de idéntica tibieza.

Me erguí, y ya de pie observé a mi alrededor. No en todas las direcciones el horizonte tenía la misma apariencia. Se elevaba a veces en líneas bajas y truncadas que destacaban ligeramente sobre el fondo blanco hueso del cielo.

Noté algo dentro de mí que no era una percepción. Tampoco era un pensamiento —una conversación conmigo mismo— y, sin embargo, formaba parte de mi esencia. Encontré rápidamente el concepto, y la palabra que lo empuñaba era «pulsión». Nada me obligaba a abrir los ojos, a levantarme, a observar mi entorno. Nada me empujaba a dejar de simplemente ser y realizar la menor acción. Nada excepto la pulsión. La bauticé con varios nombres: la llamé curiosidad, ansiedad, angustia. Y aunque siempre he sabido que era algo más, nunca hasta ahora, hasta el final, fui capaz de encontrar su verdadero nombre; su nombre real.

Avancé unos pasos y me agaché para examinar una de las piedras, más grande que sus vecinas. Era irregular, del tamaño de mis dos puños, un trapecioide de aristas romas. La sostuve entre mis manos y la sopesé. La sentía pesada pero no tanto como para no poder aguantarla

fácilmente con un solo brazo. La lancé por delante de mí y recorrió una parábola de dos veces la longitud de mi propio cuerpo. Esa distancia y el tiempo que se mantuvo en el aire me parecieron satisfactorios sin saber por qué. Al caer hizo un *ruido* que capté perfectamente a través del suelo. Me extrañó. Pasé la mano por delante de mi rostro varias veces, con energía, buscando alguna resistencia, pero ahí no había nada. A continuación deslicé los dedos por toda la superficie de mi cabeza. El cráneo era liso, y mis sienes tenían a cada lado sendas protuberancias. Orejas. Bajo los ojos encontré un bulto y una hendidura horizontal, que identifiqué respectivamente como nariz y boca. Abrí y cerré esta última, esperando algo. Lo dejé estar. Me chocó por algún motivo que nariz y orejas no tuvieran abertura. Lo dejé estar, también.

El lugar en el que me encontraba resultaba tranquilo y desolado, sin ningún atractivo para mis desconocidos intereses. Debía moverme, sin duda, pero no sabía hacia dónde. Realicé un examen concienzudo de los relieves que destacaban sobre la línea del horizonte. Sólo los más altos despertaban algún reflejo en mi interior. Elegí el que parecía mayor, una elevación a mi izquierda con tres pequeñas cimas, y comencé a caminar.

No sabía cuánto tiempo llevaba andando. Los bajos perfiles en lontananza no parecían estar mucho más cercanos. Detrás de mí se mantenía la blanca desolación, imposible discernir de dónde venía. Ningún cambio a mi alrededor salvo la escasa colección de piedras que me iba encontrando y dejando atrás. Sólo mis pisadas marcaban el paso del tiempo. Intenté contarlas, pero lo dejé pronto. Era una información inútil. Sin dejar de avanzar

probé a hacer algunos experimentos: corrí durante un tiempo, e hice luego la misma prueba avanzando a saltos. No sentí fatiga ni malestar, pero debía concentrarme en las tareas; sin un mínimo de atención tendía a detenerme, sin más. Andar, sin embargo, no me suponía mayor esfuerzo que mantenerme en pie. Intenté realizar acciones más complejas, siempre en movimiento. Sin embargo ocurrió algo extraño. Al iniciar mi primera cabriola, una sencilla voltereta hacia adelante, noté un espesor creciente en mis reacciones que me hizo trastabillar y caer. Sentí que me apagaba y todo se hizo oscuro. Lo siguiente que experimenté fueron las sensaciones inversas: volvió la claridad y el rápido despabilar. Me encontré con la cara en el suelo, el cuerpo retorcido y los miembros enredados a resultas de la caída. Me levanté, localicé de nuevo mi objetivo y seguí caminando, de momento sin ganas de realizar más pruebas.

Anduve y anduve, con la atención fija en el relieve al que me dirigía, sin preocuparme de otra cosa que no fuera el no desviarme de la ruta. La pulsión me mantenía centrado en la marcha. Dado que perseguía un propósito claro y preciso —alcanzar la elevación—, la situación me parecía satisfactoria. Para mi sorpresa me sobrevino un segundo ataque. Todo en torno a mí se oscureció de repente, y me apagué de nuevo. Al cabo recobré la consciencia y la visión. Estaba en el suelo, como en la primera ocasión, tirado cuan largo era. Desconcertado, me puse en pie y repetí la operación de localizar el vértice lejano, echando a andar con cierta aprensión. Hasta llegar a la falda de la elevación hube de sufrir tres recaídas más. Entre la penúltima y la última sí me dediqué a contar mis

pasos, y resultaron ser unos ciento sesenta mil. Ésa fue mi forma de marcar el tiempo, en un principio: desde mi nacimiento había sufrido cinco apagones y recorrido casi cuatrocientos mil pasos.

Mi recorrido me había llevado a los pies del más alto de los tres relieves. Una fina hilera de piedras se extendía hacia ambos lados marcando el inicio de todo el terreno ascendente. La subida comenzaba de forma suave. Mis pies ovalados, tan lisos como el propio terreno, aguantaron bien la marcha, sin resbalar. En el tramo final, más empinado, la superficie blanca presentaba plegamientos a los que podía sujetarme con las manos, e incluso hacer servir de escalones. Tras un duro remonte —temí que el sexto apagado me alcanzara antes de acabar el ascenso— había alcanzado la cima. El número de pasos y el grado de la pendiente me sugerían una subida de doscientas veces mi propia altura.

La cima era en realidad el borde de un alto y vertical escarpe que se extendía sin fin a izquierda y derecha, dibujando lo que desde la llanura aparecía como un horizonte de perfil irregular. La arista descendía a ambos lados desde mi posición para volver a subir y bajar de nuevo, creando la ilusión de las tres cimas. Seguía luego su camino como el filo desigual de un acantilado que se perdía en la lejanía.

La abrupta caída frente a mí se veía bastante más profunda que la altura que había salvado. No costaba nada imaginar la planicie como un escalón gigantesco alzándose sobre el terreno, quizás un altiplano de extraordinarias dimensiones. A mis pies, el despeñadero estaba formado por estrechas columnas rectangulares que re-

trepaban unas sobre otras, separándome de un terreno muy similar a la llanura de la que provenía. El mismo color blanquecino componía todo lo que se ofrecía ante mi vista. Sin embargo, la perspectiva, y lo que suponía serían distintas formaciones del relieve, proporcionaban al blanco nacarado sutiles variaciones de tonalidad. El cielo, eso sí, seguía manteniendo en toda su extensión la monocorde coloración grisácea. Impelido por la pulsión me dispuse a estudiar el paisaje, buscando en su vasta extensión nuevos estímulos. Pero antes eché una mirada atrás, hacia la planicie: una superficie blanca y diáfana sin detalle alguno, separada de un cielo apenas más oscuro por la línea del horizonte. Me quedé satisfecho. Ahí no había nada para mí.

Sobre el filo de ese abismo escalonado, enfrentado al vacío, examiné cuidadosamente el nuevo paraje. Comprobé con curiosidad que centrar mi atención en un área acotada acrecentaba poco a poco la percepción de sus detalles. Más aún: era como si mis sentidos —no sólo el oído— se alimentaran a través del contacto con la superficie; como si la información viajara por el terreno y mis ojos sólo tuvieran la misión de... orientar mi atención en una dirección u otra. Extraño. No sabía por qué, pero era extraño. Descubrí, pues, que el sombreado que se extendía más allá de la base del acantilado correspondía a un material diferente, cristalino y dúctil. Ante mí tenía... un mar. No podía llamarlo de otra forma: una inacabable masa fluida, semitransparente y tranquila, de pastosas oscilaciones que no llegaban a romper contra la orilla. Bajo el precipicio, el terreno hasta alcanzar el mar —unos

trescientos pasos, allá más, allá menos— era irregular y anguloso. Se hundía entonces abruptamente, como formando un segundo acantilado, esta vez sumergido. A través de la blanda superficie resultaba imposible discernir la profundidad u otros detalles. Durante un buen rato seguía la línea de la costa con la vista, tanto hacia un lado como al otro, pero no encontré ningún elemento que suscitara mi interés. Y más allá todo estaba ocupado por la informe extensión traslúcida. ¿Qué debía hacer? Noté un vacío opresivo en mi interior. Era la respuesta de la pulsión a la falta de opciones precisas. Reflexioné un instante. Podía bajar. Explorar el ancho contorno buscando... algo. Algo más. Antes de tomar ese curso de acción me quedé abstraído observando el horizonte. Si bajaba no iba a volver a tener una perspectiva tan buena del entorno. Fijé la vista en la línea de separación de cielo y mar, frente a mí. A medida que mi visión se ajustaba al punto de enfoque, me daba cuenta de que el horizonte nunca acababa. Simplemente se ampliaba. Entendí que el mundo era plano. Otra vez me sentí extraño.

En ese instante me percaté del movimiento. Era tan difuso... muy, muy lejano. Lo había detectado en las inmediaciones de donde tenía aparcada la mirada. Desplacé el enfoque unos grados y vi la columna. Era estrecha y se alzaba a buena altura en la lejanía, fluctuando vagamente. No parecía una protuberancia fija, maciza. Esa tenue imagen era un foco de singularidad en el entorno. Mientras no encontrara otro más potente debía intentar llegar hasta él. ¿Se hallaba sobre terreno sólido? No lo podía apreciar desde tanta distancia. Me concentré con todas mis fuerzas en la ubicación de

su base. Llevó su tiempo, pero al fin lo vi: un fragmento de firme suelo nacarado. O sea que el mar acababa en algún punto. Debía atravesarlo, y para ello lo primero era descender hasta la orilla.

La irregular sucesión de terrazas esculpidas en la pared constituía mi única opción de bajada. Algunos de esos escalones tenían la superficie justa para que yo cupiese, otros eran anchos como balcones. Por desgracia no siempre se hallaban unos debajo de otros y, aun compartiendo la misma vertical, dos escalones consecutivos podían estar separados por una altura considerable. Hasta donde podía ver las condiciones eran similares a lo largo de todo el escarpe, así que daba igual por dónde iniciara el descenso. Caminé por el borde del precipicio hasta alcanzar su posición más baja, justo antes de que se elevara de nuevo para formar una de las falsas cimas. Asomándome cuanto dio de sí mi cintura elegí un primer peldaño, cercano y ancho. Me situé justo encima. Sujeto con las manos al borde del acantilado me fui deslizando sobre mi abdomen hasta quedar totalmente colgado. Mi talla no daba para alcanzar el pequeño saliente con los pies y tuve que soltarme. La inclinación del escarpe hizo que mi cuerpo rozara la pared durante la caída, pero acabé firmemente plantado en la repisa, sin más problemas. Giré el cuerpo cuidadosamente y miré al vacío. Había dado un primer paso. Pensé en ese momento lo sencillo y rápido que resultaría saltar desde ese reborde y dejarme caer directamente al fondo. Una viva aprensión en mis entrañas —miedo, supe— me hizo desechar la idea. Mi siguiente objetivo era una terraza más corta y estre-

cha, y me separaba de ella una buena distancia en diagonal. Deslizarme hasta allí no resultó fácil. Hubo nuevos roces, y me asusté cuando alcancé bruscamente la pequeña superficie perdiendo el equilibrio por unos instantes. Seguí bajando escalón a escalón. El acceso a cada saliente representaba siempre un nuevo problema que iba solventando con mayor o menor dificultad. Hasta que me quedé atorado a medio descenso. Había llegado a una repisa minúscula en la que apenas cabían mis pies. Las terrazas más cercanas parecían inalcanzables. Con precaución dirigí la vista arriba. Imposible volver a la anterior, perdida muy por encima de mí. Para llegar al suelo aún quedaba la mitad de la pared, más de cien veces mi altura. No podía quedarme allí. Debía arriesgarme: quizás deslizándome sobre el torso y usando mis manos y pies como ganchos podría frenar lo suficiente... Justo entonces me apagué de nuevo. *Vaya falta de previsión*, tuve tiempo de pensar mientras me sobrevénía la oscuridad.